

REGIONALISMO ATLANTICO

Uno de los objetivos que considera nuestra revista es la publicación de textos sobre Canarias poco conocidos del lector de hoy o, en todo caso, poco accesibles a él. "Atlántico" es una obra de Manuel Criado de Val prologada por Karl Vossler, en la que el ilustre escritor incluye un brillante ensayo sobre las Canarias (el aislamiento, la psicología, la estética) del primer tercio de nuestro siglo. Su lectura, aquí y ahora, justificará para todos, estamos seguros, la siguiente reproducción.

El regionalismo, en la historia del arte como en la historia de la cultura, supone siempre una etapa avanzada de evolución histórica. Estéticamente significa una visión más individual y más concreta; más próxima al simple personalismo. Al reducir y ahondar el conocimiento es fácil encontrar formas y matices muy peculiares y exactos en las cosas; detalles que anteriormente habrían pasado inadvertidos.

En nuestra historia literaria la visión regionalista tiene su momento de apogeo a fines del siglo XIX. Cada región se afana, por este tiempo, en hallar su propia fisonomía literaria. Canarias, algo rezagada, sigue este mismo camino un cuarto de siglo después e impulsada no tanto por escritores como por un pintor: Néstor Fernández de la Torre.

Néstor es quien, primero, llega en su pintura a un intencionado regionalismo canario. Se interesa por su región y, con su audacia peculiar, quiere darle un ambiente típico que sea, al propio tiempo, atracción del turismo. Proyecta, para uno de los lugares más pintorescos de Gran Canaria, el famoso "Parador de Tejeda" y deja, poco antes de su muerte, un interesante e imaginario esbozo de "pueblo canario" que, como todo en él, es mucho más fruto de la imaginación que de la realidad. Suyo es también el traje típico de Gran Canaria y nada mejor que sus propias palabras reflejan su desenfado al dibujarlo, desentendiéndose de la Historia, a la que intenta substituir en la creación del vestido tradicional: "Debo hacer mención del traje típico, —dice Néstor con motivo de la cabalgata organizada en Madrid— creado por mí, que ha merecido algunas críticas. La creación responde a las necesidades y exigencias del propio turismo, dándole el colorido y alegría que el viajero espera encontrar. La "nagüeta" del "totorota" no ofrecía ningún interés al visitante, y era además antiestética. Cada uno de los detalles del traje responde a un precedente tradicional, embellecido si se quiere, como creación que es de un artista, pero no falseado. En esto, como en lo demás, el turista espera encontrar un motivo que le satisfaga, y la realidad debe responder a este deseo".

De esta despreocupación, audaz e indiferente, muy principio de siglo, se hallan abundantes ejemplos en toda la obra de Néstor. Lo mismo en sus empresas regionales que en sus cuadros es constante la presencia del primitivo escenógrafo, siempre más pendiente del efecto que del contenido.

Sin embargo, poco a poco, esta preocupación por lo típico de su tierra, que empezó por ser en él continuación de su hábito de crear figuras escénicas, le lleva al fin a uno de sus principales aciertos. Observa la naturaleza canaria y en sus últimos cuadros hay ya algo más que atracciones para el turismo. Sus últimas composiciones tienen un fondo auténticamente regional. Allí están los frutos del país —la riqueza inestable de los "monocultivos" —y las plantas características de las Islas, a las

que infunde su propia personalidad sensual y barroca: el arce, el cactus, los cardones y el drago.

La fauna marina de las Islas es estudiada por Néstor con tal detenimiento, que los simples bocetos de su "Poema del Atlántico" logran una reproducción en revistas extranjeras como "L'Illustration", y son publicadas como modelo de anatomía y exactitud realista. De este modo, insensiblemente, va dando a conocer en España y en Europa una región antes olvidada y desconocida que, sin embargo, posee una fuerte y propia originalidad.



Alonso Quesada

REGIONALISMO ATLANTICO

“Alonso Quesada”

Después de este primer impulso de Néstor viene un abundante regionalismo literario. Morales, “Quesada”, Saulo Torón, se afanan por rodear de una atmósfera insular y típica a su poesía. Entre ellos destaca junto a la figura, ya conocida, de Morales, la de “Alonso Quesada”, continuador del subjetivismo de Unamuno, pero reducido a un sentido regional.

“Alonso Quesada”, pseudónimo de Rafael Romero, nace en Las Palmas el 5 de Diciembre de 1886. Huérfano desde joven tiene que renunciar a los estudios y dedicarse a sostener a una familia muy numerosa. Trabaja como contable al servicio de un banco inglés: el British West Africa Ltd. Y, enfermo, muere, poco después de Morales, en Las Palmas el 4 de Noviembre de 1925.

Su obra es, casi toda, autobiográfica. La pobreza y la lucha por atender a su familia están expresadas en “La Oración de todos los días”; su trabajo en la oficina inglesa se refleja en sus mejores composiciones, en la serie “Los ingleses de la Colonia”, mientras que su enfermedad y su continua melancolía son el tema de casi todas las demás y del poema dramático “La Umbría”, de escaso valor. Fundamental en su obra es la influencia de Unamuno, al que dedica “Los poemas áridos” y a quien llama, hiperbólicamente, Pontífice y “Señor de las alturas”.

Su libro principal y casi puede decirse el único de valor literario es el “Lino de los sueños”, que hubiera permanecido inédito a no ser por el apoyo de Néstor que, en su estudio de Madrid y ante una reunión de amigos, lo dio a conocer. Además de este libro quedan de él una colección de artículos, publicados en el diario “Ecos” y recogidos bajo el título de “Crónicas de la Ciudad y de la Noche”; una novela corta; “Las inquietudes del hall”; una colección de cuentos lírico-humorísticos titulada “Smoking-Room”, y dos poemas dramáticos: “Llanura”, decorado y vestido por Néstor, y “La Umbría”, de claras influencias de D’Annunzio y de Maeterlink. Inéditos todavía sus últimos poemas han sido reunidos bajo el nombre de “Caminos dispersos”.

El contraste entre la vida y la obra de “Alonso Quesada”, romántico y enfermizo, obsesionado siempre por la idea de la muerte, con Morales, despreocupado y realista, es equivalente al que existe entre el pasaje fértil de algunas partes de Canarias y el desierto estéril de otras muchas zonas del Archipiélago. Morales es reflejo del primero, mientras “Quesada” parece no ver más que los arenales que rodean a Las Palmas, abrasados siempre por el Sol. Cada uno de ellos, como no podía ser menos, escoge aquellas influencias que más afinidad tienen con su temperamento. Es natural que Morales siga el camino alegre de Rubén y “Quesada” la triste visión de la tierra de la “generación del 98”.

La Ciudad de Las Palmas en el primer tercio del siglo XX.

Para llegar, en Literatura, a un sentido regional, suele ser preciso que un gran desenvolvimiento material o espiritual, unido en algunos casos a deseos de hegemonía o independencia política, limite la visión del artista a un estrecho horizonte nacionalista.

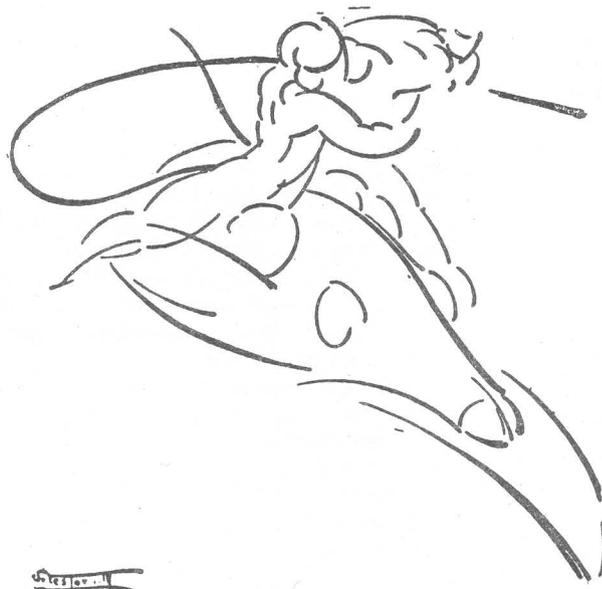
Las Palmas como Santa Cruz son ciudades muy jóvenes. En el siglo pasado, según el testimonio del cronista canario D. J. Navarro, Las Palmas era todavía poco más que un pueblo indolente, sucio y sin los más elementales servicios públicos: sin posadas, sin luz, sin policía urbana... Aun contando con la exageración del cronista la diferencia entre aquella población de alrededor de ocho mil habitantes y la de ochenta mil de hoy es realmente extraordinaria.

Unamuno, en su primera visita a la Isla, también observó este gran desarrollo de la ciudad, y en su libro “Por tierras de Portugal y España” dice así comentándolo: “Este pueblo de Las Palmas es un pueblo en crisis de crecimiento, con todos los fenómenos que a ella acompañan; un pueblo que empieza a entrar en la pubertad civil, que apenas si comienza a adquirir conciencia colectiva de ciudadanía”.

La lucha por la capitalidad del Archipiélago resurge en estos años. En 1903, con motivo de la creación del partido local canario, vuelve a aparecer la idea de la división política de las Islas, que a partir de entonces constituye una verdadera obsesión de Gran Canaria.

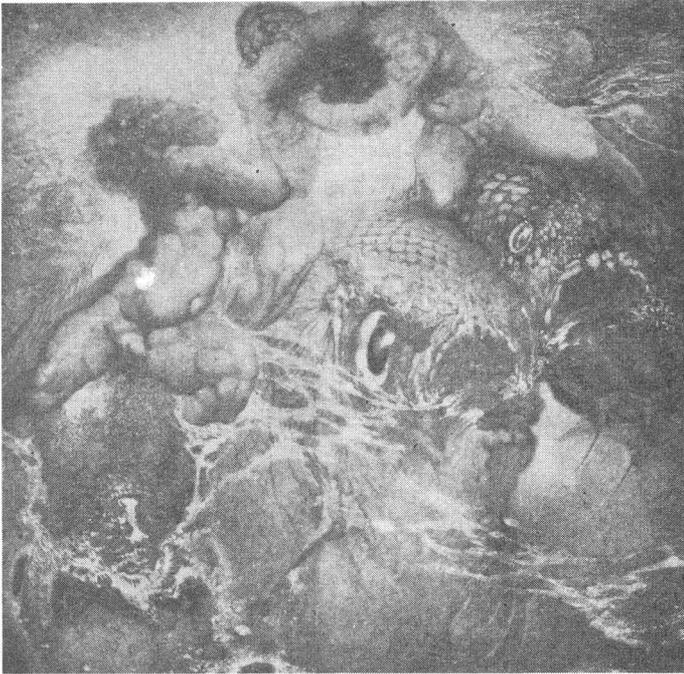
El primer resultado de esta rivalidad, tradicional en las Islas, es que un deseo de superación empuja a las poblaciones que aspiran a ser la capital del Archipiélago. Santa Cruz y Las Palmas se debaten en un continuo esfuerzo por superarse.

Es muy clara la repercusión de esta lucha en el arte y en la poesía canaria. Debido a ella una gran parte de sus obras no son otra cosa que un retrato y una apología de las ciudades. Así, Tomás Morales en el “Canto a la ciudad comercial” describe minuciosamente a su ciudad de Las Palmas; señala su emplazamiento “sobre la ensenada, siguiendo la curva del litoral”, sigue luego el relato de su historia y de su rápido incremento con la instalación de casas armadoras y carboneras en el puerto de La Luz.



En la “Ciudad y el Puerto”, Las Palmas es descrita con todo detalle: aparece la “calle de Triana”, moderna y laboriosa, donde el sol del Archipiélago “dora los rótulos en lenguas extranjeras”, a continuación la “estampa de la ciudad primitiva con sus “tiendas” de “turcos”, hoy convertidas en magníficos bazares; sigue la descripción de la “Calle de la Marina”, llena de tascas y burdeles, alojamiento de la miseria marinera, y por último el barrio tradicional de “Vegueta”, con una bella descripción de la casa típica canaria.

“Alonso Quesada” imita a Morales en este recorrido poético por las calles de su ciudad y en la colección de artículos recogidos bajo el título de “Crónicas de la Ciudad y de la Noche”, atiende a lo que falta en Morales —artista de las cosas—, recogiendo la vida en la ciudad, las anécdotas, los tipos y las costumbres. Sin embargo, su imagen de Las Palmas es radicalmente opuesta a la de Tomás Morales, obedeciendo en parte a su distinta visión y en parte a que cada uno de ellos sólo recoge un aspecto de la realidad. En “Caminos dispersos”, la obra inédita de “Alonso Quesada”, aparece la ciudad canaria, alegre y activa de Morales, desierta y desapacible:



*De pronto sentí un hastío infinito...
Parecía que de mi corazón iban saliendo calles,
calles rectas de una ciudad lenta y gris.
Calle villana era mi vida inútil,
cuestas de piedra, hierba entre las piedras,
como alegrías viejas, un montón
de escombros en una encrucijada.
Oh, el cielo bajo
como una losa de tumba.*

La poesía atlántica

El Atlántico en los poetas canarios es regional. Tiene una personalidad isleña, reflejo de los rasgos característicos del Archipiélago, y frente a la poesía mediterránea se acentúan los rasgos de otra suya, esencialmente atlántica.

De estos rasgos el más señalado es un resultado natural de la extensión ilimitada y desconocida, peculiar del Atlántico, frente al Mediterráneo, en el que falta todo temor a lo desconocido. Quizá por esto esté su literatura tan llena de leyendas y domine en ella, como última y esencial consecuencia, un sentimiento de temor al mar. Es el "finis terrae" con su tradición de siglos, que ha dejado huella en esta poesía y en esta tierra, donde el Océano predomina sobre el espíritu.

Eugenio d'Ors, en un interesante artículo sobre Canarias, busca la explicación de este peculiar sentimiento oceánico en la "saudade" racial de los hombres que viven alejados de Europa: "En la noción del "pavor" subconsciente y colectivo —dice— creemos encontrar la llave que nos abrirá los secretos de la civilización atlántica. Quizá, más ampliamente, podríamos decir que los de todas aquellas regiones que pueden considerarse como avanzadas del Ecúmeno en el Exótero. No habría de sorprendernos demasiado que, gracias a aquélla, pudiese explicarse cierto mal misterioso, el "sordo malestar", la íntima sensación de angustia sin objeto, denunciado por Lawrence en su novela "Canguro" como existente en tierras más remotas aún, en Australia; y que la editora del libro en lengua española, Victoria Ocampo, cree también constituyente de un fondo y poso triste en el alma de América del Sur".

Tampoco es casual ni caprichosa la semejanza evidente que se advierte entre las regiones hispano-americanas y las Islas apartadas de la Metrópoli por este mismo Atlántico de orillas alejadas y desconocidas. "Ni siquiera —añade d'Ors— es imposible que de la extraña dolencia se encuentre tocada toda la humanidad alojada en el hemisferio austral, por lo menos

toda aquella que, gracias a conocer o sospechar el vínculo de parentela u hogar que une a toda la familia del Ecúmeno, es capaz de representarse en forma de nostalgia lo que le falta o lo que ha perdido".

Mucho del parentesco entre el pensamiento americano y el canario posiblemente sea debido a esta atracción peninsular, a la común nostalgia de la metrópoli, alejada. La "saudade", como dice d'Ors en el mismo artículo, "lejos de ser un hecho diferencial nacionalizable como lo pretendió, en un momento dado, la crítica literaria portuguesa, sería así el común denominador de la psicología de las tierras del "sur"; no accidente en ellas, sino definición: categoría de "Sur" frente a la categoría de "Europa".

D'Ors confunde, sin duda, en su artículo, dos sentimientos de distinta naturaleza: lo que él llama "pavor subconsciente y colectivo" no es equivalente a la "saudade", pero sí es cierto que ambos son típicamente atlánticos y que uno y otro nacen de la lejanía y del aislamiento.

A-isla-miento

La "saudade" o, dicho con el significado clásico castellano, la "soledad", está siempre en Canarias ligada a la visión del mar. Ya en el siglo XVII Antonio de Viana en las "Antigüedades de las Islas Afortunadas" ponía en boca de su protagonista estas palabras, síntesis de la inquietud isleña frente a lo lejano y desconocido:

*Incierto mar...
dudosa estoy cómo posible sea
estar entre tus ondas de mudanza
aquel que ha de venir a ser constante...*

Tampoco falta en las "Antigüedades" el reflejo de la lucha entre el apego a la Isla y la añoranza del Continente; entre el temor a las gentes extrañas y el deseo de su novedad:

*Por el cerúleo mar vendrán nadando
pájaros negros de muy blancas alas;
de ellos saldrán a tierra peleando
fuertes varones con diversas galas
de otra nación extraña y belicosa.*

Desde entonces, en toda la cultura isleña domina una intensa preocupación por esta su propia vida forzosamente solitaria y aislada. Preocupación que "Alonso Quesada" lleva, modernamente, a una máxima intensidad; a una romántica y casi enfermiza obsesión.

Unamuno en su primera visita a Canarias ya notó este peculiar rasgo de su psicología, y en el prólogo al "Lino de los sueños" del escritor de Las Palmas observaba que fue allí, en la Gran Canaria, donde conoció "toda la fuerza de la voz a-isla-miento, y no fue "Alonso Quesada" —añade— quien menos me ayudó a que llegase a conocerla".

Sin duda, al estar siempre detenido por la línea invariable del horizonte, símbolo y recuerdo de la Península, el deseo de llegar a ella se hace en la Isla más impaciente; mayor cuanto mayor es la imposibilidad:

*El horizonte es nuestro anhelo amado
que el alma ha recogido dulce
la limosna del cielo...*

*¡Ah cuántos años
frente al mar!... Como ayer, hoy es lo mismo
el alma que se aleja y se detiene
para contribuir en el ocaso.*

El ejemplo de "Alonso Quesada" no es ni mucho menos único en esta literatura moderna de Canarias. Saulo Torón, el contemporáneo y discípulo de Morales, también siente al ver el paso continuo de las gentes por el puerto esta misma curiosidad y este mismo deseo de salir de la Isla.

*Esta noche he escuchado
repercutir en nuestro alejamiento,
con los cantos nostálgicos*

REGIONALISMO ATLANTICO

*de los patronos y de los marineros,
el ansia de otras razas,
el alma de otros pueblos...*

Y, al fin, viene la exclamación impaciente:

*Partir, ¡dejar la estéril
monotonía triste de este vivir huraño
y arribar a otras playas desconocidas, donde
el placer sea más cierto y el dolor más amargo!*

Estrechado en el lindero invariable del Atlántico, el insular va perdiendo, insensiblemente, este primitivo y accidental deseo de movilidad. Como Tomás Morales, todos van distanciando, voluntariamente, lo que podía llamarse sus vacaciones de aislamiento. "Sólo quiero saber —dice por último resignadamente "Alonso Quesada"— que no perdí el espíritu en este terrible silencio atlántico".

El clima y la psicología: "enervamiento" canario

Un paso más en el análisis del sentimiento regionalista sobrepasa estas nociones, que bien pueden ser un coeficiente de toda literatura isleña y nos lleva a buscar los rasgos más peculiares del Atlántico de Canarias. Supone este intento el llegar a través de una limitación del espacio a la limitación casi individual del acento.

Alrededor de las Islas el mar es cálido y tiene el color y la tranquilidad propias de la latitud. Es el "mar en sosiego" de que habla Tomás Morales y que "Alonso Quesada" en "Sirio", una de sus mejores composiciones, describe dormido en la noche, blanca y azul, típica de Canarias:

*Noche azul de mi tierra: Oh virtuosa
noche de rosas blancas
que se deshojan en el mar...*

Fruto natural de este clima es el "enervamiento" indudable de las tierras canarias, y aun cuando casi toda la literatura *tropical*, que tanto abunda en torno al Archipiélago, sea obra artificial de la propaganda, algo, sin embargo, se deja traslucir de este influjo del clima en su psicología y en su arte.

Tomás Morales en el "Canto Inaugural", bajo la figura del Heracles dormido después del robo de las manzanas, describe con precisa exactitud esta especial sensación isleña de "enervamiento", de placentera inactividad. Al fondo de la escena el Atlántico apenas deja oír una suave y clara sonoridad:

*Dilata el dios las fauces ante el efluvio exótico
y el bálsamo enervante penetra en sus sentidos
al igual que los zumos de un hidromiel narcótico.
Apriétanle el cerebro los vahos encendidos
y borracho de aroma, deja doblar, incierto
sobre la oliente alfombra, los músculos vencidos...
Serenidad... Triunfaba del horizonte abierto
de nuevo, el sol magnífico; y, en el silencio, daba,
más estridente ahora, su pertinaz concierto
la cigarra sonora, y el cosmos caldeaba
en su crisol el vasto designio de las cosas...
¡Frente al joven dormido, el claro mar, sonaba!*

Unamuno, que tuvo ocasión de observar este mismo fenómeno, lo atribuía más que al clima, siempre igual, al aislamiento geográfico. "El aplanamiento, la soñarrera —dice— se curaría merced a comunicaciones más rápidas, más frecuentes y más intensas, con España y con el resto de Europa y con América. A estas gentes les hace falta, como les he dicho en público, interesarse más por los grandes problemas nacionales, europeos, mundiales, lo cual los desinteresaría de sus pequeños problemas insulares, de sus rivalidades de isla a isla".

Notas finales.

A pesar de este aislamiento a que el Atlántico somete a Canarias, su psicología y como reflejo que es de ella su literatura,



muestra un profundo afecto hacia él. Quizá sea, como en los escritores peninsulares del "98", que dedicaran a las estepas castellanas sus mejores elogios, el sentimiento un poco romántico hacia lo que está próximo, cualquiera que sea su significado.

Lo cierto es que los artistas canarios alcanzan un valor y un sentido estético gracias al entusiasmo con que tratan los temas marinos. Toda la obra de Tomás Morales desde sus primeras composiciones en las que el mar aparece "como un viejo camarada de infancia", hasta su composición más terminada, la "Oda al Atlántico", son una continua y entusiasta exclamación, y "Alonso Quesada", en un tono más sencillo, mezclado a todas las enfermizas y románticas preocupaciones que le obsesionaban, ve siempre al "hermano mar", al "viejo padre", único capaz de devolverle la salud y la fuerza.

Hay, incluso, en estos escritores canarios, una imprecisa pero evidente tendencia a ver en el Océano el centro verdadero de un nacionalismo hispánico, que histórica y geográficamente estaría justificado. Como una gran arteria, uniendo sus miembros, él podría dar vida y movimiento a un cuerpo que hoy sólo fragmentariamente tiene realidad. Es evidente que aun estando perdidas, rezagadas, en la gran retirada atlántica de España estas últimas islas castellanas sienten por el mar un afecto mayor que cualquiera otra región de la Península. Quizá sea porque tienen con él una más forzosa intimidad o porque su alejamiento de la Península los obliga a una quietud contemplativa y enervante.

Ellas —como dice Unamuno exactamente— son como "un mesón colocado en una gran encrucijada"; un descanso, breve y necesario, en los largos, olvidados, caminos españoles del Atlántico.



Puerto de Gran Canaria sobre el sonoro Atlántico,
con sus faroles rojos en la noche calina,
y el disco de la luna bajo el azul romántico
rielando en la movable serenidad marina...

Silencio de los muelles en la paz bochornosa,
lento compás de remos en el confín perdido,
y el leve chapoteo del agua verdinosa
lamiendo los sillares del malecón dormido...

Fingen, en la penumbra, fosfóricos trenzados
las mortecinas luces de los barcos anclados,
brillando entre las ondas muertas de la bahía;

y de pronto, rasgando la calma, sosegado,
un cantar marinero, monótono y cansado,
vierte en la noche el dejo de su melancolía...

TOMAS MORALES